

EL PAÍS estrena la película de Juan Cavestany, el primer largo rodado y acabado en la cuarentena

‘Madrid, interior’, vivencias íntimas

G. B. **Madrid** Durante un mes, Juan Cavestany estuvo lanzando su caña de pescar audiovisual y recogiendo sus capturas. Del 24 de marzo al 24 de abril pidió a un centenar de amigos —algunos famosos, otros, la mayor parte, gente anónima que colaboró en el proyecto— que se grabaran en vídeo, en pequeñas piezas que reflejasen su vida diaria. La idea se le ocurrió tras haberse intercambiado videocartas con el actor Luis Bermejo, y descubrir que allí podía haber una película. El resultado de esa cosecha, que Cavestany ha montado de manera minuciosa para lograr un paseo emocional por la parte más dura del confinamiento en España, se titula *Madrid, interior*, y se puede ver de forma íntegra y gratuita desde hoy por tiempo limitado en la web de EL PAÍS.

Madrid, interior ilustra ese

este estreno peculiar. Tiene un aire informativo, y por eso me siento a gusto con su lanzamiento en EL PAÍS, que ha sido una tabla de salvación periodística estos días”.

El dramaturgo, colaborador habitual de Animalario y ganador del premio Max por *Urtain*, también ha contado con amigos conocidos, como Malena Alterio, Pepón Nieto, Alvaro Fernández Armero, José Coronado, Coque Malla, Javier Cámara, María Pujalte, el músico Aaron Rux, Javier del Pino haciendo su programa de radio... “No quiero que sean el gancho, son famosos a los que he tenido acceso por carambolas de la vida”.

Cavestany, como cineasta de este tipo de filmes, muy guerrilleros, que pueden rozar la experimentación, sabe bastante con títulos como *Dispongo de barcos* (2010), *El señor* (2012) —que estrenó en una web propia—, *Gente en sitios*



Una imagen de *Madrid, interior*.

ánimo. “Yo pensaba en momentos de intimidad, pero no se trataba de generar secuencias, ni hacer comedia, ni contar con una escritura previa; sencillamente, que se mostraran en casa su espera en silencio”, cuenta su creador. Como en una onda expansiva, lo que solo era “filmar a personas varadas” fue creciendo. Cavestany acabó la película la semana pasada, pero hasta ayer mismo estuvo puliendo el sonido. Remate a un esfuerzo solidario que acaba con su visionado en la web de EL PAÍS: “Me habría raro intentar monetizar algo hecho por tanta gente de forma altruista. Solo quiero que se vea”. Por eso, *Madrid, interior* aparece en este estreno online, una manera de distribuir y exhibir que ya conoce su creador. “Las cosas se pueden y deben remover en estos tiempos extraños y convulsos, y debemos mirar a otros lados. La película es peculiar, y le corresponde

(2013) o *Esa sensación* (2016). Sin embargo, nunca había hecho cine tan rápido, ni con tantos colaboradores. *Madrid, interior* muestra al mejor Cavestany, que juega entre lo sensorial y la experimentación. Arranca con esa sensación de encierro, de hastío por la espera de que ocurra algo, y después, efectivamente, pasan cosas: hay música, niños en pijama, dudas, conversaciones... Empezó alguna nota de humor, juegos con los objetos que rodean a un Cavestany naufrago, diferentes actitudes ante la cuarentena obligada por la pandemia. “Es un documental no sobre el coronavirus, sino sobre la vivencia íntima del confinamiento”. Y a pesar del título, no solo se ha rodado en la capital española. “El nombre define un ánimo, pero hay vídeos que vienen de Londres, Nueva York y ciudades españolas como Sevilla, Barcelona o Valencia”.



Asesinato de Paul Castellano, en Nueva York, en 1985. / THOMAS MONASTER (GETTY)

Colin Harrison describe en sus ‘thrillers’, recuperados ahora en español, el latido criminal y oculto de la ciudad

Cronista de las bajas pasiones de Nueva York

JUAN CARLOS GALINDO, **Madrid** El ejército de cronistas del lado oscuro de Nueva York tiene desde hace tiempo en sus filas a Colin Harrison (Nueva York, 60 años), autor de *thrillers* obsesivos e ineludibles, en los que la ciudad aparece como un monstruo de mil caras, un ente seductor en el que el triunfo y la perdición se dan la mano. Es la particular carta de amor a la urbe de un escritor que ha pasado inadvertido en España y al que la publicación en Navona de tres de sus mejores obras (*Havana Room*, *Manhattan nocturne* y *Un mapa para un crimen*) da una segunda oportunidad. “He plantado ocho árboles en los últimos cinco días como parte de un gesto personal de desafío ante el coronavirus”, cuenta a mediados de abril desde el cuarto de estar de su casa en el East End de Long Island, después de cancelar esta conversación en varias ocasiones para priorizar el cuidado de su familia. Harrison se crió en la Pensilvania rural y tantos años rodeado de bosques y campos de maíz le han convertido en forastero en su propio universo.

“Como escritor sé que habito en el vientre de la bestia, una máquina, un universo —llámalo como quieras— que es infinitamente complejo y que está muy por encima de mi habilidad o de la de cualquiera por comprenderlo. Eso es un reto. Uno se encuentra con ideas, historias, rarezas, personajes, fragmentos de diálogo, microdramas y todo tipo de estímulos de manera más o menos continua. Estos elementos quedan luego en mi mente hasta que me ponga a trabajar”, relata para explicar la relación con “esa obra maestra siempre inacabada”.

En sus novelas relata siempre



Colin Harrison, en París en 2005.

la caída de un hombre de clase media alta y bueno en su trabajo al que la vida, el infortunio o una pasión por una mujer le ha llevado al centro de una oscura trama en la que los poderes neoyorquinos —el dinero en todas sus formas, la prensa, las familias de mundos con los que no tiene relación alguien que, además de escritor es editor jefe en Scribner (editorial dependiente de Simon & Schuster) y que, por ejemplo, atapa al lector con el relato de las miserias del gran periodismo en *Manhattan nocturne*.

El otro ingrediente de la receta de Harrison es el amor. En sus historias siempre hay amor, dolor y, no pocas veces, redención. “Necesito encontrar adónde lleva el sufrimiento y si al final ha merecido la pena o no. Todos estamos atormentados por esa pregunta, ¿no? Necesitamos amar y ser amados. También necesitamos que las historias se resuelvan. Shakespeare nunca terminaba sus historias sin una catarsis”.

encasillamiento, muy por encima de un empobrecido análisis moral. “Estoy interesado en cómo ven las mujeres el mundo, cómo ven a los hombres, cómo se ven a sí mismas, cómo se ven unas a otras. Algunas mujeres parece que creen que no lo hago mal del todo para ser un hombre, mientras que otras probablemente tienen el libro a la otra punta de la habitación, disgustadas, y ante eso solo puedo sonreír y admirarlas”, confiesa. ¿De dónde salen? “Para escribir sobre una mujer hay que estar interesado en ella. Así que los personajes femeninos que creo posiblemente reflejen mis intereses. Necesito estar de alguna manera fascinado por ellas. Tengo que amarlas de esa manera extraña que los escritores aman a sus personajes”.

Quedan dos piezas para tener completo el puzle Harrison y acercarse más al mundo —a veces luminoso, otras subterráneo— de este escritor que defiende el carácter literario de sus *thrillers*. Por un lado, está la descripción de mundos con los que no tiene relación alguien que, además de escritor es editor jefe en Scribner (editorial dependiente de Simon & Schuster) y que, por ejemplo, atapa al lector con el relato de las miserias del gran periodismo en *Manhattan nocturne*.

El otro ingrediente de la receta de Harrison es el amor. En sus historias siempre hay amor, dolor y, no pocas veces, redención. “Necesito encontrar adónde lleva el sufrimiento y si al final ha merecido la pena o no. Todos estamos atormentados por esa pregunta, ¿no? Necesitamos amar y ser amados. También necesitamos que las historias se resuelvan. Shakespeare nunca terminaba sus historias sin una catarsis”.